****

**ADVERTENCIA PRELIMINAR**

Se recogen tres artículos que envié hace muchos años a un   
matutino porteño para ser publicados como colaboración. Dos de ellos   
fueron publicados ("La huida de la intimidad", Buenos Aires, La   
Nación, martes 6 de junio de 1989 y "La huida de la responsabilidad",   
sábado 5 de julio del mismo año ).

Desde que aparecieron han sido múltiples y reiterados los pedidos   
de lectores para que los publicara en forma separada.

Habiéndose agotado la primera edición realizada con EDUCA, y   
ante nuevos pedidos, puedo presentar esta nueva edición gracias a la   
generosidad de mis amigos de Sabiduría Cristiana (Fundación Emi-   
lio Komar).

Agrego el tercer artículo ("Huida y realidad de la persona") que no   
salió en esos momentos a la luz. Los temas que se tratan en ellos han   
sido abordados y reiterados en otras publicaciones. Me ha parecido   
oportuno, pese a ello, presentarlos ahora en su original unidad.

**-1-**

**La huida de la Responsabilidad**

El hecho de ser persona coloca al hombre frente a la alternativa precisada por Gabriel Marcel: "*accomplir ou se fuir", cumplirse* o *euadirse1,* Esta misma circunstancia es señalada por Paul Louis Landsberg: "Ser persona significa en tanto que actividad una exigencia frente a la cual el hombre trata de escapar"2. La experiencia es universal y a todos nos alcanza. De entre todos los vivientes el hombre es este viviente singular que tiene su vida entre sus manos para realizarla, que es, y se siente, responsable de su propia vida.

De allí la pregunta formulada desde lo hondo de nosotros mismos: "¿Qué estás haciendo con tu vida?" La huida de la persona que somos, en la medida en que ésta comporta una exigencia que nos inquieta, es una experiencia universal, pero adquiere en nuestro tiempo una vigencia singular.

"No hay, te lo repito, preocupación más agudamente dolorosa para el hombre que la de encontrar lo más pronto posible un ser a quien delegar este don de la libertad con que él, desgraciada criatura, nace", le dice a Cristo el Gran Inquisidor, y agrega: "¿Te has olvidado que el hombre prefiere la paz y aun la muerte a la libertad de discernir entre el bien y el mal? No hay nada más seductor para el hombre que el libre arbitrio, pero también nada   
más doloroso"3. La huida de la libertad como libro albedrío frente al bien y al mal y, por lo tanto, como responsabilidad, es la clave de la dominación totalitaria que Dostoievski anuncia, en un rapto de inspiración profética, en el pasaje que él mismo consideraba como el punto culminante de su famosa novela. "Los hermanos Karamasov" se publicó entre 1879 y 1880. En sus "Coloquios con Hitler", Herman Rauschning, presidente del Senado de la ciudad libre de Dantzing entre 1933 y 1934, cita esta declaración del dictador, dicha en su presencia: "Yo libero al hombre [ ... ] de las sucias y humillantes autoaflicciones de una quimera llamada conciencia y moral y de las pretensiones de una libertad y autodeterminación personal de la cual bien pocos pueden estar a la altura"4.

La liberación que Hitler promete es la liberación de la conciencia y de la moral. La huida de la responsabilidad es preámbulo de la dominación totalitaria que sobre ella se apoya. Hitler ha muerto, ¿pero ha muerto en las sociedades libres la amenaza de la pérdida de la libertad? Me refiero a la amenaza interior, la más temible, y no a la amenaza exterior de la expansión dominadora de las potencias totalitarias del mundo actual.

La huida de la persona que somos en cuanto responsabilidad que nos pesa es una realidad omnipresente en las sociedades democráticas de esta era posmoderna. Se ha señalado desde hace muchos años el peligro de la burocratización excesiva de las actividades sociales, la responsabilidad se diluye de manera creciente, se vuelve anónima. Esto es patente, por ejemplo, en el ejercicio de la medicina donde la burocratización y la despersonalización hieren el corazón del acto médico, basado precisamente en la responsabilidad personal. Pero este hecho se hace igualmente presente en la educación, en el trabajo, en la empresa, en la administración pública, en la vida política.

**La masificación contemporánea**

La huida de la responsabilidad se manifiesta en la marea de masificación contemporánea, en la homogenización y en la nivelación por lo bajo, en el horror por todo lo que signifique diferencia, en el sofocamiento de toda excelencia, de todo ideal de perfección. El facilismo enferma la vida social y destruye los fundamentos de la tarea educativa.

El ideal democrático de la igualdad de oportunidades es transformado solapadamente en negación de la natural diversidad y riqueza de las aptitudes y talentos humanos y de la consiguiente responsabilidad de desarrollarlos. C.S. Lewis presenta irónicamente a esta transformación como uno de los más exitosos logros del demonio en nuestro tiempo: la envidia encuentra, a través de ella, una máscara de aceptabilidad social5.

En esta renuncia a la vida personal, en esta huida de la responsabilidad, se anuncian formas más extensas y graves de lo que muchos autores describen como "totalitarismo indoloro". Los hombres renuncian a su dignidad de tales y se convierten así sin saberlo, o sin quererlo saber, en masa maleable, dócil a las manipulaciones psicosociales de poderes anónimos. El desarrollo de los medios de comunicación, su presencia avasallante en la intimidad de los hogares y de las mentes, las técnicas cada vez más refinadas de propaganda contribuyen de manera preponderante a este hecho. El valor dinámico de las imágenes, su capacidad de movilizar la afectividad y el comportamiento, su función de representar la realidad y, por lo tanto, de desvirtuarla, son aprovechados sin escrúpulos y sin la debida presencia de resguardos éticos y de controles sociales. Todo ello contribuye a un peligroso incremento de la pasividad y de la apatía que desborda aquí y allá en comportamientos impulsivos, destructivos de la persona y de la ida social.

**La denominación totalitaria**

Casi medio siglo antes que Dostoievski, Alexia de Tocqueville había visto, en el corazón de las democracias nacientes, el germen de una dominación totalitaria sin parangón: "veo una muchedumbre de hombres semejantes e iguales que giran sin descanso sobre sí mismos para procurarse placeres mezquinos y vulgares con los que llenan su alma. [ ... ] Por encima de ellos se eleva un poder inmenso y tutelar que se encarga de asegurar sus goces y de velar por su suerte. Es absoluto, detallado, regular, previsor y dulce. Se asemejaría a la autoridad paterna si, como ella, tuviese por objeto preparar a los hombres a la edad viril, pero, al contrario, no busca sino fijarlos irrecobrable mente en la infancia".

Tocqueville describe cómo este poder tutelar interviene de manera creciente en todos y cada uno de los detalles de la vida de los individuos de manera tal "que cada día vuelve menos útil y más raro el empleo del libre albedrío, encierra la acción de la voluntad en un espacio cada vez más pequeño y despoja poco a poco a cada ciudadano hasta de la libre disposición de sí mismo"6.

La pérdida de la libertad es consecuencia de la huida de la persona como centro de responsabilidad. La verdadera quimera de nuestro tiempo no es, como dice Hitler, la conciencia y la moral, sino, precisamente, la pretensión de una libertad desvinculada de la conciencia, de la moral, de la responsabilidad. Una libertad amputada programáticamente de toda vinculación con un orden objetivo que pueda brindarle sustento, orientación y cobijo. Una libertad que no se somete a la verdad, sino que se constriñe a un ejercicio exasperado de la negación por la negación. Una libertad fantástica, de trescientos sesenta grados, que es pura indeterminación apoyada en la nada. Una libertad nihilística, por lo tanto, en la que el hombre se ve condenado -ésta es la expresión de Sartre- al vacío de una incesante invención de sí mismo.

**La divisa nihilista**

Víctor Massuh ha analizado en profundidad entre nosotros la marcha alucinante del nihilismo hacia la destrucción de todo. La divisa del nihilismo -nos recuerda- está formulada en la frase de Iván Karamasov: "Si Dios no existe todo está permitido" y también en la de Nietzsche: "Si nada es cierto ¿todo está permitido"?7 La negación de Dios y la negación de la verdad están necesariamente implicadas. El proceso del nihilismo así lo demuestra. Si Dios no existe la verdad no existe y si ni Dios ni la verdad existen todo está permitido, toda conducta es válida o, mejor dicho, ninguna conducta tiene validez en sí, lo que quiere decir que todo queda sometido a la dialéctica ineluctable de la voluntad de dominio.

Dios es el fundamento de la verdad y del bien, y la verdad y el bien son el fundamento de una sociedad humana. Su negación es sinónimo de deshumanización y pérdida de la libertad. Dios y la verdad se hacen presentes como realidades vivientes en lo más íntimo de la experiencia personal. La conciencia moral encuentra su fundamento en esta presencia y se constituye por ello en nuestro tiempo en el signo de algo sagrado y absoluto que se alza frente al poder de toda tiranía.

1 Mareel, Gabriel, *Hamo Viator,* París, Aubier, 1952, pág. 115.

2 Landsberg, Paul Louis, *Problemes du personalisme,* París, ed. du Seuil, pág.16.

3 Dostoievski, *F.,Los hermanos Karamasov,* París, B. de la Pléiade, NRF, 1959, págs. 275-276.

4 Citado en Ratzinger, Joseph, "La Coscienza nel tempo", en *Chiesa, Ecumenismo* e *Política,* Milano, Paoline, 1987, pág. 159.

5 Lewis, C.S., *Screwtape proposes a toast,* Fount Paperbacks, Collins, Glasgow, 1978, págs. 18-19. (Hay trad. española, Madrid, Espasa Calpe).

6 De Tocqueville, Alexis, *De la Democratie en Amérique,* Garnier-Flammarion, París, 1981, t. II, cap. VI, págs. 385-386 (trad. del autor).

7 Massuh, Victor, *Nihilismo y experiencia extrema,* Buenos Aires, Sudamericana, 1975, cap. V, pág. 90.

**-2-**

**La huida de la Intimidad**

En las provincias del norte argentino se escucha decir a veces de una persona: "no se puede tomar en serio a fulano, carece de segundo patio", esto es, carece de profundidad, es chato. El segundo patio, al revés del primero, vinculado al exterior, a la recepción, es el patio de la intimidad doméstica, en cuyo centro se alza el aljibe. Pues bien, una de las desviaciones más graves de la cultura moderna es la producción en masa de hombres sin segundo patio.

La negación de la persona determina la negación de la vida interior, que es su ámbito propio. La huida de la responsabilidad, que hemos considerado como uno de los signos cardinales de la huida de la persona, está inevitablemente ligada a la huida de la intimidad.

La persona necesita de la intimidad como el organismo del oxígeno. Desde su interioridad la persona puede ser libre, poseerse a sí misma, sustraerse al dominio de los automatismo s internos y externos. Desde su interioridad la persona puede tener perspectiva, echar una mirada amplia sobre sí misma y el mundo que la rodea. Es capaz de ejercer, entonces, su inteligencia y obrar de una manera libre y responsable. Se comunica, así, en conocimiento y amor, con la interioridad de las otras personas y cosas. En su interioridad el hombre se pone en presencia de su mentira y de su verdad y enfrenta sus opciones fundamentales. En su interioridad, se encuentra la fuente secreta de agua viva que alimenta su vida.

De allí que todas las tradiciones sapienciales de la humanidad hablen de la imprescindible necesidad para la persona de recogerse, de sustraerse cada tanto del tráfago del acontecer, de volver una y otra vez a su centro interior para reubicarse, para poder volver a asir las riendas de la propia vida (recogerse es re-tomarse y re- unificarse).

**La exterioridad**

Vivir en la exterioridad significa, por el contrario, renunciar a ser persona, abdicar de la responsabilidad, deslizarse por la superficie de los acontecimientos, dispersarse, perder el contacto con la propia interioridad y con la interioridad de lo real. Como hemos visto, los hombres se convierten así en masa maleable, dócil a las manipulaciones psicosociales de poderes que buscan dominarlos. El ataque a la libertad personal sabe que es imprescindible para sus fines el ataque a la vida interior y a todo aquello que pueda protegerla: privacidad, intimidad, vida en familia, independencia económica. Este ataque encuentra su aliado en la tendencia a la huida de la vida personal.

Como esta huida implica una renuncia a la vocación de ser hombre, una abdicación de la dignidad que nos es propia, genera a menudo resentimiento contra todo lo que se relacione o recuerde esa grandeza perdida.

Asistimos así, en la vida moderna, al despliegue de las más variadas formas de ataque contra la vida interior y sus exigencias. La publicación compulsiva de la vida de las personas se manifiesta en las exigencias, muchas veces grotescas, de los estados totalitarios y en la voracidad insaciable de los controles burocráticos. Los medios de comunicación cumplen aquí también su parte: las cámaras y los micrófonos penetran en los repliegues más íntimos de la vida de los hombres y los transforman en espectáculos comercialmente redituables.

La extraversión incondicionada de la intimidad es pregonada como virtud social y como panacea curativa. Presenciamos así la irrupción de "psicoanálisis silvestres" que invaden las reuniones sociales, los programas televisivos, los medios de transporte o las peluquerías. Se confunde a menudo sinceridad con falta de respeto y agresividad hacia el prójimo. El tacto, la amabilidad, la cortesía en el decir y en el obrar son olvidados o ridiculizados. Lo mismo sucede con la discreción, la reserva, el secreto o el pudor. En la vida social el pudor constituye uno de los resguardos más importantes de la vida personal. El pudor no se refiere de una manera directa, ni exclusiva, a la vida sexual. Se vincula con ella en la medida en que en el hombre la vida sexual es eminentemente personal. "El pudor induce a tapar el cuerpo porque el cuerpo exhala lo incorporal, expresa lo íntimo. Es el alma lo que se quiere cubrir ... ", dice Ortega1. La grotesca obsesión por el sexo en el mundo contemporáneo encubre y manifiesta a la vez la existencia de un pavoroso vacío. Una severa represión del amor humano, en cuanto a que, este amor es esencialmente personal, genera este vacío. "La hoja de parra que antes cubría los genitales -comenta un autor- cubre ahora los rostros de las personas". El sexo se vuelve epidérmico y anónimo. La despersonalización mata el amor, la felicidad, la alegría y, tarde o temprano, el goce físico de la sexualidad.

El aburrimiento se hace presente de manera avasallante en el sexo y en las demás manifestaciones de la vida social. De allí el recurso creciente y desesperado a estímulos artificiales: drogadicción, perversiones, violencia, que intentan vanamente cubrir un vacío imposible de llenar. Como observa con acierto Ratzinger, la obsesión por el sexo y la droga es una señal indicadora que debe ser profundizada. No sólo nos revela un vacío, que la sociedad actual con sus medios no puede remediar, sino que "reclama la atención sobre una exigencia interior del ser humano que, al no encontrar respuesta justa, se hace valer en forma pervertida"2.

**La seudorrealidad**

El hombre de la huida, al deslizarse por la superficie de sí mismo y de los acontecimientos, queda aprisionado en las mallas de una seudorrealidad, de una chata e ingobernable exterioridad. Ha perdido contacto con su centro interior y con la interioridad de las demás personas y cosas. El orden profundo de la realidad, más allá de todo desorden, en el que su vida cobra sentido dentro de un gran conjunto de sentido, desaparece de su experiencia3. Vive, como señalaba Platón, en un sueño4, y languidece. Porque la vinculación con el sentido es, al mismo tiempo, comunicación con una fuente inagotable de energía. Luz y vida, sello de la manifestación de la realidad espiritual. El camino hacia la interioridad personal y, desde ella, hacia la interioridad de las personas, cosas y situaciones de este mundo, es camino hacia el encuentro con la más sólida y fulgente realidad.

La visión sensista del hombre y la concepción positivista del saber son las ideologías de la doble huida de la profundidad de la persona y del mundo. Sus caminos conducen inevitablemente al nihilismo. Vimos con Massuh que el nihilismo se asienta sobre la negación de Dios y de la verdad y que estas negaciones llevan a la destrucción de todo orden humano. Si ni Dios ni la verdad existen, todo está permitido, nada tiene validez en sí y todo queda sometido a la dialéctica inexorable de las puras relaciones de fuerza. La era posnihilística asiste al predominio creciente de lo que se ha dado en llamar *razón cínica.*

Una razón sin esperanzas que descree de todo y, en primer lugar, de sí misma5, *Noli foras ire ... ,* dice San Agustín: "No vayas afuera, regresa a ti mismo"6. Porque en el hombre interior habitan Dios y la verdad. El reencuentro con la presencia viviente de Dios en la intimidad de la persona, de las cosas y de la historia es el gran anhelo que conmueve los cimientos del alma del hombre contemporáneo. Es el único alimento capaz de colmar su hambre de verdad y de amor, de plenitud y de paz.

1 Ortega y Gasset, J., *Sobre la expresión, fenómeno cósmico,* El Espectador VII, Madrid, Austral, Espasa Calpe, 1966, pág. 46.

2 Ratzinger, Joseph, *El ocaso del hombre y el reto de la fe,* Madrid, ABC, 31-3-88, pág. 27.

3 Stein, Edith, "La interioridad del alma", textos de *Endliches und ewiges Sein (Ser finito y Ser eterno),* traducidos por el Dr. Emilio Komar.

4 Platón, *República,* V, 476 c.d.

5 Ver Goricheva, Tatiana, "El cinismo nace de un tedio infernal", en *La fuerza de la locura cristiana,* Barcelona, Herder, 1987, pág. 4753.

6 San Agustín, *De Vera Religione,* g. 39, 72.

**-3-**

**Huida y Realidad de la Persona**

Hemos considerado los extendidos fenómenos de la huida de la responsabilidad y de la huida de la intimidad en nuestro tiempo, síntomas cardinales de la huida de la persona. La huida de la persona determina un fenómeno igualmente extendido: el de la negación de la persona. *Parsonblind,* "ciego para la persona" así designa Landsberg este síndrome peculiar de nuestra época. "Hay en esta clase de ciegos -comenta- una impulsión, es más, una voluntad de enceguecimiento"1. La realidad de la persona se ve negada, olvidada, escamoteada, en la medida en que es una realidad que nos perturba. El trastorno cognoscitivo y el trastorno volitivo se condicionan aquí y se implican ("no veo porque no quiero"), manifiestan así la unidad entrañable de las dos fuerzas de la vida personal: la inteligencia y la libre voluntad. Puede decirse que la experiencia nos revela la realidad de la persona a través de su misma negación.

En la experiencia del hombre se manifiesta la realidad de la persona. Esta es la tesis central de la importante obra de Karol Wojtyla, *Persona y acción.* Para Wojtyla la experiencia que el hombre, la experiencia que el hombre tiene de sí mismo viviendo, es un proceso cognoscitivo fundamental. En él, el hombre se enfrenta consigno mismo, entra en relación cognoscitiva con su propio yo. Wojtyla adhiere a la concepción fenomenológica de la experiencia. Desde ella, sostiene la validez del conocimiento directo de la persona que se nos ofrece en la experiencia del hombre. La acción es para Wojtyla un momento privilegiado de esta experiencia: "la acción revela a la persona y miramos a la persona a través de su acción"2. Por acción se entiende aquí la acción consciente y voluntaria, la actuación deliberada del hombre. En ella se manifiesta la persona como "eficacia", como agente creador de sus propios actos y, por lo tanto, de su vida, como estructura de autoposesión, auto gobierno y autodeterminación, como centro de libertad.

La eficacia y la libertad de la persona se expresan en particular en los actos de elección y decisión. En ellos aparece aquella dimensión esencial de la vida personal a la que nos hemos referido anteriormente: la responsabilidad. En lo más íntimo del libre dinamismo del querer aparece su referencia a la verdad. Elegir significa tomar una decisión, según el principio de verdad, respecto a los posibles objetos que se ofrecen a la voluntad. Mi elección entre los diversos valores que entran en juego en un momento concreto de un vivir debe ser veraz. En esta "rendición" de la libre voluntad a la fuerza normativa de la verdad reside el sentido de la obligación moral. "Todas las leyes y normas morales -decía Goethe se pueden reducir a una: la verdad"3. "Realizar la libertad en la verdad equivale a la realización de la persona"4, afirma Wojtyla. El ser responsable presupone esta relación con la verdad.

El ser responsable manifiesta que el hombre es un *alguien* que responde de sus acciones frente a otros *alguien,* a otras personas. Wojtyla se detiene a analizar la responsabilidad frente a ese alguien que es uno mismo, el hecho de que somos jueces de nosotros mismos, que damos cuenta ante nosotros mismos de lo que hacemos con nuestra vida. No emprende en cambio en esta obra el análisis de la relación decisiva con ese otro *alguien,* supremamente íntimo a nosotros mismos, Dios. Esta relación, en lo más profundo de sí misma, con otra persona de la que incesantemente recibe la vida, es la que funda y constituye a la persona. Así lo ha señalado Landsberg: " ...la persona sólo llega a concebirse si toma contacto con esta actividad profunda en la cual se descubre a sí misma como creatura y al mismo tiempo entrevé a su creador"5. Así lo ha puesto en evidencia Michele Federico Sciacca: "Al adquirir conciencia de quién es, el hombre descubre la propia persona y, en el mismo momento, interiormente, la existencia de la Persona absoluta de la cual y por la cual es, piensa y quiere"6.

Víctor Frankl llega, desde su experiencia como psicoterapeuta, a la misma comprobación. En lo más profundo, el ser humano es ser responsable. En la profundidad de su conciencia el hombre escucha una voz que no es la suya: " ... en la conciencia de la persona*, per-sonat,* [alude a la raíz etimológica del término], resuena una instancia extrahumana". Esta instancia extrahumana es de carácter personal. La conciencia, afirma, sólo se nos hace comprensible, propia y plenamente, cuando comprendemos al hombre en su condición de creatura, de tal modo que podamos decir: "Como señor de mi voluntad soy creador, como servidor de mi conciencia soy creatura"7. En lo más profundo de la experiencia de sus pacientes Frankl descubre "la presencia ignorada de Dios". Presencia ignorada porque como observa Frankl- esta experiencia central de relación viviente, filial, con Dios, está extensamente negada, reprimida, en el hombre contemporáneo. La huida de la persona y la huida de Dios se corresponden así, necesaria y entrañablemente.

En un libro notable, Max Picard nos habla de la vigencia omnipresente de la huida en el mundo actual. La huida constituye el mundo objetivo que rodea al hombre. Cualquier situación en la que éste se halla es, de antemano, situación de huida. En la pseudorrealidad del mundo de la huida, el hombre se pierde y pierde al mundo con él.

Pero, así como vimos que en el acto de negación de la persona se revela la misma persona, en el universo de la huida se revela la presencia ineliminable de Dios y de la persona. "Adonde quiera que huyan los hombres está Dios", concluye Picard: "Él amor de Dios brilla en el hecho de que Él mismo, no otro, quiere perseguir a los que huyen, pues Él, por ser más veloz, puede estar siempre cerca del hombre fugitivo. El ni siquiera los persigue; se les adelanta. Llegan, y ya está allí Dios, procedente de cualquier parte. Son ellos quienes le siguen"8. El hombre contemporáneo repite esta parábola, tan apasionadamente descrita hace más de mil quinientos años por San Agustín: "Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva ¡tarde te amé! Y he aquí que estabas dentro de mí, y yo fuera, y fuera te buscaba yo, y yo insensato me precipitaba en la hermosura que Tu creaste. Tú estabas conmigo y yo no estaba contigo; me aprisionaban, lejos de Ti, aquellas cosas que no serían si no fueran en Ti. Llamaste, clamaste y quebraste mi sordera. Fulguraste resplandeciente y disipaste mi ceguera"9.

1 Landsberg, Paul Louis, *Problémes du personalisme,* París, ed. du Seuil, 1953, pág. 16.

2 Wojtyla, Karol, *Persona y acción,* Madrid, BAC, 1982, págs. 12-13.

3 Cit. en Pieper, J., *El descubrimiento de la realidad,* Madrid, Rialp, 1974, pág. 18.

4 Wojtyla, Karol, *op. cit.,* pág. 203.

5 Landsberg, P.L., *op. cit.,* pág. 18.

6 Siacca, M.F., *L'Interiorita Oggetiva,* Milano, Marzorati, 1960, pág 7l.

7 Frankl, Víctor, *La presencia ignorada de Dios,* Barcelona, Herder, 1985, págs. 59-60.

8 Picard, Max, *La huida de Dios,* Madrid, Guadarrama, 1962, págs. 207-208.

9 San Agustín, *Confesiones, 10,* 27, 38.

**Índice**

*Advertencia preliminar*

1. **La Huida de la Responsabilidad**

La masificación contemporánea

La dominación totalitaria

La divisa nihilista

1. **La Huida de la Intimidad**

La exterioridad

La seudorrealidad

3. **Huida y Realidad de la Persona**